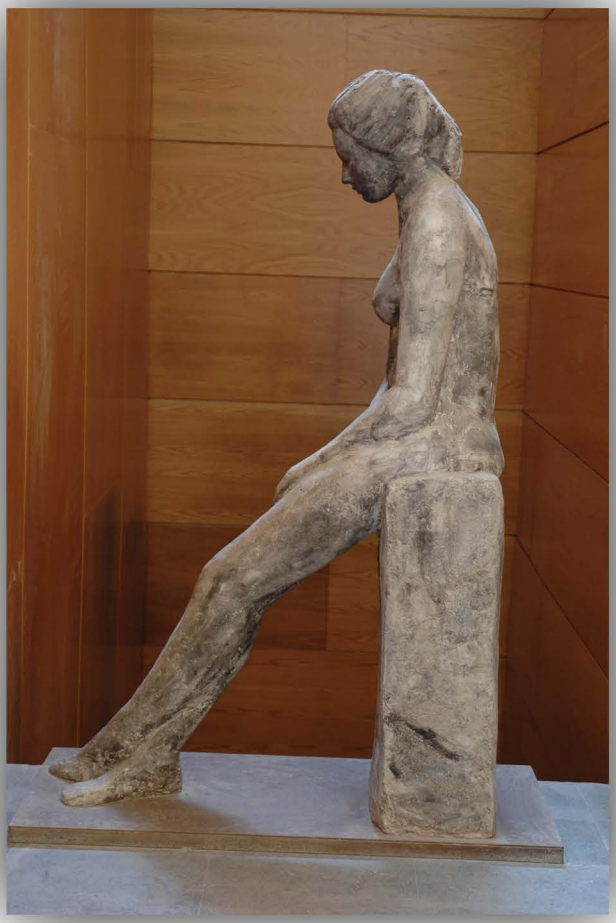
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

LA INSPIRACIÓN

Anselmo Blanco



DIPLOMA 2011

LA INSPIRACIÓN

Anochecía y, como siempre, María se encontraba sola, una tarde más en aquel majestuoso edificio situado en el centro del Campus Universitario, sobre una loma desde la que se divisaba todo el Campus. Era un edificio peculiar, pues se había construido a base de elementos reciclados donde se conjugaban formas y colores propios de un diseño totalmente vanguardista. La última planta, donde trabajaba ella, estaba toda bordeada de enormes ventanales de vinilo en distintos colores. Algunas partes de un color grisáceo se encontraban construidas con metacrilato. Precisamente, en ese pequeño reducto, se situaba su mesa de trabajo. La luz que penetraba a través de la enorme claraboya se proyectaba sobre sus folios mientras ella trabajaba. Algunos días de mucho calor, se convertía en una auténtica sauna pero a ella no le importaba porque se sumergía en la frescura de su mundo de fantasía, y se olvidaba de todo.

Se sentía agotada pero no podía abandonarlo ahora, debía continuar. Mañana, cuando entrara en el aula, sus alumnos y alumnas se lo demandarían. Paró un momento y recordó con nostalgia cómo había comenzado todo.

Fue una mañana de primavera. Por vez primera se enfrentaría a una clase de verdad para lo que se había estado preparando tantos años. Sus piernas temblaban y, en esa situación, intentó graduar el tono de su voz con el fin de que ocultara el pánico que inesperadamente se había apoderado de sus cuerdas vocales. “¿Qué podía ofrecerles ella a todos aquellos jóvenes que con ilusión llenaban las aulas del edificio de Humanidades? ¿Sería capaz de transmitir su loco y apasionado amor por la literatura, por la creación, por la poesía…..?” Mientras su mente se perdía entre estas cavilaciones, comenzó a hablar con aplomo y seguridad, y lo primero que se le ocurrió fue leerles un breve relato fruto de su invención. Cuando terminó, un silencio profundo rasgó el aire y antes de que pudiera proseguir, el sonido aunado de unos aplausos fuertes y enérgicos detuvo el tiempo de su existencia, por unos instantes. A partir de ese día, al comenzar cada nueva sesión, los universitarios

esperaban ansiosos, como el caballo en el circo su terrón de azúcar, el nuevo relato con el que hoy los iba a deleitar antes de sumergirlos en conceptos abstractos de gramática, morfología y sintaxis.

No obstante, ella sabía que tenía que acabar con aquello un día de estos. Su público era cada vez más exigente y su fuente de inspiración se iba agotando. Cada día se le ocurrían menos ideas fascinantes y originales y eso lo notaba en el rostro de sus alumnos. Más de una vez estuvo a punto de terminar con todo y comunicarles que los relatos habían llegado a su fin. Sin embargo, un profundo desasosiego se apoderaba de su alma y era consciente de que sin su reconocimiento no podría vivir. Necesitaba desesperadamente el calor de los aplausos, de las sonrisas, de las miradas invadidas por la expectación y la emoción. Si todo esto terminaba, se sentiría profundamente fracasada y difícilmente sería capaz de impartir una clase más.

Aquella tarde no había logrado escribir una palabra sobre el folio en blanco que ocupaba toda la pantalla de su portátil. “¿Qué será de mí mañana?”, se preguntaba con amargura….

De pronto, un extraño ruido semejante a un aleteo la sacó de sus lucubraciones y la hizo girar sobre su silla con ruedas. Lo que vio frente a ella rompía con toda lógica humana. Un hombre musculoso, desnudo de cintura para arriba y con dos enorme alas verdosas que salían como espolones de su espalda, la miraba atónito con sus enormes ojos verdes.

Se asustó mucho y quiso levantarse y correr todo lo que pudiera escalera a bajo, pero sus piernas no respondían a sus deseos. Entonces, pensó en gritar con todas sus fuerzas, pero para qué, si nadie la oiría, hacía horas que estaba sola. No existía otra posibilidad sino guardar silencio y permanecer muy quieta esperando que aquella excepcional figura moviera ficha.

El adonis alado se sintió atraído por la brillante luz que desprendía el níveo folio en la pantalla del ordenador. Era tan enorme su cuerpo que, inmediatamente, María se impulsó con los pies hacia atrás sobre su silla de oficina y le dejó suficiente hueco para que pudiera observar con tranquilidad lo que tanto le llamaba la atención. Sin dar crédito a lo que veía, ella fue testigo de cómo aquel ser fantástico comenzaba a mecanografiar con fuerza y sin pausa sobre el teclado del portátil mientras las letras iban ordenándose con enorme velocidad sobre

el folio hasta hace poco en blanco. No transcurrirían más de dos minutos y paró. Se incorporó, la miró y, sin darle tiempo a nada más, abatió una de las ventanas y saltó al vacío mientras aleteaba con fuerza. María pegó su cara al cristal y pudo verlo perderse en su majestuoso vuelo más allá del horizonte, mientras sus verdosas alas se fundían con el tono rojizo del ocaso.

Sin dar crédito aún a lo que había vivido y dudando de que hubiera sido real o fruto de su mente cansada y frustrada, se acercó con premura a su folio que ahora estaba lleno de letras y comenzó a leerlo con la celeridad que su estado de ánimo le permitía.

Era maravilloso. Nunca antes había podido deleitarse con un relato tan perfecto y emotivo. Sabía que nadie iba a creer que ella lo hubiera escrito, pues superaba con creces lo realizado hasta el momento. Pensó en guardarlo y acabar de una vez con todo aquello, y aceptar resignadamente que no era tan fantástica como imaginaba y que su fuente de inspiración había llegado a su fin. Sí, estaba decidida. Mañana, al entrar en el aula magna, haciendo aplomo de una humildad que no sentía, compartiría con sus pupilos su terrible secreto: ya no podía escribir, sus historias habían muerto. Ellos tendrían que acostumbrarse a vivir sin la fantasía motivadora de sus clases y ella sin el calor de sus aplausos. Se fue a casa, sin darle más vueltas al asunto y se juró a sí misma ir al médico tan pronto como le fuera posible, pues el exceso de trabajo y la enorme tensión cerebral a la que se encontraba sometida desde hacía años había comenzado a pasarle factura. -¡Dios mío¡ -exclamó- ¡qué horror, con alucinaciones¡

Al día siguiente, en la primera sesión de clase, antes de entrar, respiró profundamente y empujó con fuerza la puerta tan familiar que hoy le resultaba más pesada que nunca.

Nada más entrar, fue recibida con unos aplausos enormemente efusivos acompañados de vítores. Al lado de su mesa, de pie, se encontraba el decano que la miraba sonriente. Sin ella comprender nada se acercó asustada hasta la mesa sobre la que encontró su portátil conectado al cañón que proyectaba el relatado de aquel ser fantástico sobre la pizarra digital. “¿Cómo había llegado aquello hasta allí?” “¿Quién lo había encendido?” No tenía respuesta a nada de lo que estaba ocurriendo, pero era maravilloso sentirse acunada por el éxito y el reconocimiento.

Habló el decano y todo el mundo guardó silencio. Sus palabras fueron de elogio a su labor docente y a su valor como creadora de sueños. Hubiera querido gritar que todo era mentira, que aquel sorprendente relato no era suyo, que ya no tenía nada que dar, que todo aquello era una farsa. Pero… se calló. Prefirió disfrutar de aquellas palabras, aquellos besos, aquellos aplausos arrullando sus sentidos, acrecentado su hundido ego y fortaleciendo su vanidad.

Llegó a casa temprano. Se recostó en el sofá y comenzó a recordar con placer cada minuto vivido. De pronto, una sombra oscura nubló su pensamiento: "¿Qué iba a ocurrir mañana?" Todos esperaban sus narraciones con impaciencia, y ahora no se conformarían con sus mediocridades después de lo que habían leído hoy. Se sintió angustiada. Pensó en no ir mañana a trabajar, ni el otro, ni el otro……No, no podría esconderse para siempre….

¿Y si intentaba emular lo que había leído? Se puso manos a la obra, delante de la pantalla del ordenador de su casa… pero, como las últimas veces, se volvió a anular. No era capaz de escribir nada, nada en absoluto, y menos plagiar algo tan perfecto. En aquel mismo instante, sintió un profundo dolor en el pecho, el aire no le llegaba adentro, se asfixiaba. Cayó al suelo, no podía moverse. En ese momento, un olor a césped húmedo invadió la habitación, presintió que había vuelto. Y estaba en lo cierto, cerca de ella, de pie, con sus alas extendidas estaba él. La miró un segundo y luego se dirigió hacia el folio blanco brillante que lo esperaba en la pantalla del ordenador y comenzó de nuevo a teclear sin pausa. En poco tiempo, otro nuevo y expectante relato había surgido de la nada. La miró otra vez y le sonrió dulcemente. A continuación, se asomó al balcón y se echó a volar.

Mientras, María sentía, tirada en el suelo, cómo se le iba la vida entre las manos. Casi no podía respirar y el dolor del pecho era cada vez más opresivo.

A la mañana siguiente la encontró la chica de la limpieza. Estaba fría. De sus ojos, todavía abiertos, pendía una lágrima como si hubiera querido pedir perdón.

Su repentino fallecimiento conmocionó al ámbito universitario y como despedida se le hizo un homenaje en el que se leyeron sus mejores relatos, incluido el que encontraron escrito

en la pantalla de su ordenador cuando la hallaron. Este último resultó ser el mejor de todos, el más impactante, pues en él describía con todo detalle su propia muerte.

Al finalizar el homenaje, el aula magna donde durante años impartió sus clases, se quedó a oscuras y en silencio, aunque se percibía cierto olor a césped húmedo y un ligero aleteo de plumíferas alas.

Firmado:

Viento del Este